

¡Sistema horroroso, y mas inconsecuente que el mismo ateismo! este quita del todo la existencia del Ser supremo, mas aquel concediéndola le quita sus mas esenciales atributos. ¿Donde encontraremos la bondad, justicia y sabiduría de un Dios?

Este gran ser, si les crémos, solo por un instante ha salido de su eterno reposo: crió al mundo y le abandonó: crió los cuerpos, y les imprimió el movimiento; crió los espíritus y les dotó de inteligencia y libertad, les mostró lo útil y pernicioso y contentandose con establecer reglas generales, no se dignó tomar á su cargo el cuidado de su obra; sino que concluida la creacion, se volvió á un reposo eterno, y se ocultó á la vista de sus criaturas, cubriéndose con los resplandores de su inmensa gloria y colocándose en el centro de una felicidad inaccesible á nosotros y á nuestros intereses.

Busquemos la bondad de Dios en este sistema. O Dios tiene una bondad finita y limitada; ó una bondad infinita; si lo primero, esta bondad no será la de Dios, porque siendo un ser, que abraza todas las perfecciones en un grado infinito, no puede tener una bondad que reconozca termino: si lo segundo, luego esta bondad debe estenderse no solo á la creacion de las cosas; sino tambien al cuidado de ellas pues sacarlas de la nada y luego dejarlas entregadas al acaso es del todo repugnante á la idea que tenemos de un Dios bueno.

¿Que artifice, dice san Ambrosio, desprecia el cuidado de su obra? ¿quien abandona lo que el mismo juzgó que habia de criar? si es bajeza regir las cosas ¿no seria mayor el haberlas criado? el no hacer alguna cosa, no es injusticia: pero el no cuidar de lo hecho es una suma inclemencia."

En las criaturas vemos una providencia que atiende á sus cosas, y la propension á cuidar de ellas es natural: así vemos que los padres naturalmente se inclinan al cuidado de sus hijos, y si alguno dándole á un hijo pequeño ciertas reglas generales para conducirse le dejara en medio de mil peligros entregado en manos de sus propias determinaciones, y jamas le prestara un auxilio ulterior, se tendria por un hombre mas cruel que las fieras, pues estas cuidan de sus hijos y proveen á sus necesidades. ¿Y quien dotó al hombre de estos sentimientos carecerá el mismo de ellos? ¿será la criatura mas providente y bondadosa, que el criador? ciertamente Dios no seria bueno si no fuera providente, y por consiguiente no seria Dios.

Tampoco seria sabio, ni justo, porque la sabiduría y justicia de Dios ecsijen, que todo lo vea, aun las cosas mas pequeñas; que á todo provea, que haga que se cumplan sus leyes, premie la observancia de ellas y castigue las infracciones. Si un padre de familias una sola vez dijera en su casa lo que habia de hacerse, y aunque conociera que entre su familia

habia el gérmen de la division, que si el no cuidaba de ella todo se desordenaria; y ultimamente, que destinando á una misma suerte al hijo y al criado, al fiel y al infiel se retirara del gobierno de su casa, para ocuparse unicamente de su reposo y felicidad, ¿podriamos decir que este era un hombre prudente, justo y sabio? ciertamente encontraríamos mas prudencia, sabiduria y justicia en un afeminado principe musulman, que metido en un serrallo, se cura muy poco de sus pueblos, que en este hombre desentendido, egoista y perezoso. Pues si este modo de proceder en un hombre es un crimen ¿no lo seria en un Dios sabio, justo, y omnipotente? Filósofos deístas: ¿esta es la idea que nos dais de la divinidad? hablad con mas cordura y juzgad mas racionalmente de Dios. Observad la naturaleza, escuchad la voz de los hombres de todos los tiempos, y concluireis con abjurar vuestro error insensato y reconocer á un Dios providente. ¿Que diremos á un hombre, decia un sabio de la antigüedad, que viendo tan ciertos movimientos del cielo; tan arreglados ordenes de astros; tan conecsos entre si y proporcionados para sus fines, niegue que en ellos hay alguna razon, que los dirige, diga, que todo se hace por casualidad, y que las cosas que se tratan con un grande consejo, podemos conseguir las sin consejo alguno?

Un Dios sin providencia, sin afecto á sus criaturas, sin beneficencia no es un Dios; es una quimera en la que no se halla ni aun

la sombra de la divinidad: por esto decia Lactancio, si Dios ecsiste es tambien providente, pues lo uno sin lo otro no puede ser, ni aun entenderse. Désenos un Dios sin providencia, y ya su ecsistencia nos es indiferente, y bien podemos ya negar á Dios, y echar por tierra toda religion.

Decir que hay una providencia tanto en el órden fisico, como en el moral, es afirmar que Dios al mismo tiempo que gobierna en lo fisico á todos los seres, tambien conoce todas nuestras acciones, las dirige, coopera con nosotros, nos impone, é intima nuestros deberes, nos sujeta con penas, nos alienta al bien obrar y premia con recompensas: sobre esta base está fundada toda la religion y la moral.

La providencia es el consuelo de las gentes virtuosas, el terror de los pecadores, el primer lazo de la sociedad, el fundamento de la virtud, y no puede desconocerla sino un corazon que ha llegado al profundo abismo de la corrupcion.

¿A que fin reconocer una religion, si no hay providencia? si Dios por su providencia no preside á las cosas humanas, decia S. Agustin, no hay para que curarse de la religion. Si Dios menosprecia al género humano en este siglo, dice Salviano ¿por qué levantamos diariamente nuestras manos al cielo? ¿por qué le suplicamos ante los altares? esta misma verdad habia conocido Ciceron y en su libro pri-

mero de *natura deorum* se explica del modo siguiente. «Hay y ha habido filósofos, que han juzgado que los dioses no tienen cuidado alguno de las cosas humanas; pero si esta sentencia es verdadera, ¿qué piedad puede haber? ¿qué santidad? ¿qué religion? todas estas cosas se han de dar á los dioses si se conocen por estos filósofos, y si los dioses han dado alguna cosa al género humano; pero si estos ni pueden ayudarnos, ni quieren, ni cuidan de nosotros, ni advierten lo que hacemos, ni hay cosa, que de ellos pueda emanar á la vida de los hombres, ¿qué causa hay para que demos cultos, honores y preces á los dioses inmortales? en la apariencia de una simulacion fingida, así como las demas virtudes, no puede ecsistir la piedad, con la que es necesario que se arranque á un mismo tiempo la santidad, y la religion; las cuales quitadas se sigue una grande confusion y la perturbacion de la vida. «He aqui como es necesario la fe de la providencia, para reconocer alguna religion, y ni aun la fingida religion natural de los deistas puede subsistir sin ella. Platon tenia por tan cierta y necesaria la providencia de Dios como su ecsistencia, y decia: «En un sapio gobierno no se deben jamás sufrir las disyutas ya sean contra Dios, ya contra su providencia porque es una mala costumbre disputar contra la divinidad, sea que se haga seriamente; ó no.»

Este es el modo de pensar de los homi-

bres gentiles y cristianos: todos los sensatos han reconocido la verdad y necesidad de la providencia, y esta ha sido la creencia de todos los siglos y de todos los pueblos. El culto dado á la divinidad en todos tiempos y lugares, testifica la confianza de los hombres al poder y cuidados del Criador. Por un instinto natural dirigimos nuestras súplicas al trono del Escelso en nuestras necesidades, y cuando nos hallamos oprimidos de aflicciones, como un hijo pequeño que se acoge á su padre, ocurrimos á Dios y levantamos nuestros ojos rasados en lágrimas implorando su socorro. ¡Ah! deistas crueles! ¿por qué pretendéis quitarnos este cierto consuelo que tenemos? ¿qué nos dais para llenar el vacío inmenso que deja la providencia arrancada su creencia de nosotros? ¿á quien nos dirigis á buscar el alivio en nuestras penas, la seguridad en nuestros temores y el amparo en nuestros peligros? insensatos, dejadnos nuestra creencia y no blasfeméis contra ella: vosotros mismos en vuestros peligros invocais al Sér supremo y obráis como creyentes.

Sentada la verdad de la providencia pasaremos á ecsaminar los fundamentos de los deistas. Estos genios orgullosos, que se juzgan mas sabios que todos los grandes hombres de los siglos, parece que podian dar su hipotesi absurda como verdadera, si tubieran unos fundamentos solidos y unas pruebas me-

tafísicas capaces de desafiar y confundir á la creencia del mundo; pero no se puede referir sin confusion aquel que llama Wolfio el primer fundamento de los deístas. «Oyen ecsaltar (dice este filósofo) las sumas perfecciones de Dios, y no dejan de dar asenso á estas perfecciones. Pero como estan hechos á ver en algunos criticos fastidiosos, ó en algunos que saben algo mas que el vulgo rudo, el tédio con que miran y piensan de las cosas viles, y que no pueden referir con paciencia los hechos de los hombres bajos, midiendo por esta regla el Namén soberano, juzgan indigno de él atribuirle la inspeccion de las cosas humanas; como que este cuidado turbaria las sublimes meditaciones á que gusta darse aquella mente eterna.»

Este fundamento despreciable estriba todo en la consecuencia que sacan de una comparacion que hacen de la divinidad con el hombre, sin reflexionar en que no hay terminos de comparacion. Ecsaminen primero, si Dios piensa como el hombre, si su sabiduria reconoce algunos limites, si su poder tiene algunas debilidades, y si su actividad se cansa; medítense bien los atributos de la divinidad, y los fútiles racionios del deísta se disiparán como el humo.

Mas los espíritus fuertes, despreciando las pruebas metafísicas mas evidentes, intentan honrar á la divinidad por la comparacion con unos semisabios, que tienen por indeco-

roso ocuparse de las cosas pequeñas, y jamás permiten que estas penetren en el retiro de sus almas orgullosas; pero ¿acaso el ser supremo estimara el nuevo atributo, que le dan los deístas, de ser una divinidad descuidada de los hombres? ¿Una divinidad ociosa, durmiendo siempre y perdida entre ideas abstractas, que ocupandole todo el entendimiento, no le den lugar á entender á las obras de sus manos?

El hombre como finito y limitado, no puede ocuparse del cuidado de las cosas mínimas, porque este le distraeria de los negocios de mayor interes; pero un Dios con un entendimiento y un poder infinitos, ve todas las cosas con una sola ojeada y con solo querer sin trabajo, sin cuidado ni distraccion de su felicidad, dirige todas las cosas, y les dá movimiento y vida. Si hace girar por sus órbitas con un movimiento regular á los globos celestes, tambien cuida de que un grano de arena no mude de lugar sin su voluntad. Si cuida de la conservacion de las especies; tambien dá el alimento á los polluelos de los cuervos cuando estan necesitados de el; si da al hombre multiplicados frutos de las semillas, que ha sembrado, tambien prevé á las aves del cielo, que ni siembran ni siegan. ¿Y será esto repugnante á la idea de un Dios? es claro que no, antes es muy conforme á ella. Veamos como conoce Dios todas las cosas, y como las prevé de lo nece-

sario y nos persuadiremos de esta verdad.

Dios no ve los seres mas pequeños del universo de un modo imperfecto; el conoce todas sus propiedades, las relaciones, que los individuos tienen con el gran todo que ha criado, el lugar que deben ocupar en el; el fin á que se dirigen, y las cosas que necesitan para la consecucion de este fin. En cualquiera criatura, por minima que sea, conoce Dios la cosmologia de todo el universo.

S. Agustin se esplicaba sobre este punto de este modo: „Dios es de tal suerte magnifico en las cosas grandes que no sea pequeño en las minimas, estas no se han de medir por su magnitud, que es casi ninguna; sino por la sabiduria de su artífice. Una ceja en el cuerpo del hombre es muy pequeña y de poca entidad, si se atiende á su tamaño respecto de todo el cuerpo; mas si se quita del rostro, se conocerá su notable falta por la deformidad que deja faltando las relaciones y proporciones que guardaba con los otros miembros, pues la hermosura no consiste en la mole; sino en el orden y dimension de los miembros.

Este orden, que aun nosotros percibimos en algunas cosas pequeñas respecto de un todo, es el que Dios ve en las cosas minimas respecto del universo y con estas miras tan estensas y sublimes las comprende. El concepto que Dios tiene de cada uno de los seres envuelve necesariamente en si la conexcion

que dice con todos los demas. Sin este conocimiento su saber seria finito é indigno de las perfecciones de un Dios.

En la misma idea de un Dios criador se contiene este conocimiento. Vió Dios todas las cosas que habia criado, y eran todas muy buenas. ¿Y podria criarlas y conocer su bondad, sin verlas á todas, sin exceptuar ninguna? es preciso que ninguna se le haya ocultado: que haya comprendido la sabia economia de sus obras, los enlaces que las unen, los servicios, que mutuamente se hacen; la necesidad que tienen las unas de las otras; las essencias de cada una de sus hechuras y desde la primera hasta la última de las modificaciones, que pueden tener. No deben atender (dice S. Agustin combatiendo á los maniqueos) á lo que tienen las cosas de materia; si no consideren con que belleza ocupan sus lugares las minimas; quanto perseveran en sus naturalezas, con que orden admirable estan dispuestas y quanto decoro prestan al universo como una república bien concertada.

¿Y este conocimiento será indigno de una mente eterna? porque el deista ignore la obra de Dios; deberá atribuirle esta misma ignorancia? Dejemos, pues, errar, si no podemos convencer á esos iniquos estimadores de las cosas, y necios aduladores de la divinidad, que juzgan escaltarla, con lo que la degradan; nosotros siempre aseguraremos, que las obras que dan honor á la

omnipotencia por haberlas criado, no degradan á su sabiduria por haberlas conocido.

Si es pues una verdad, que Dios conoce todas las cosas, no es menos, que tambien las dirige con una accion no interrumpida: si á su sabiduria toca conocer desde la mas sublime hasta la mas ínfima de las criaturas, tambien toca á su omnipotencia el arreglarlas. Dios no es un espiritu débil, que se fatiga en sus operaciones, que su fuerza se rinde, su ánimo se distrae, y agita y busca su reposo en un ocio eterno: los que le juzgan de este modo no tienen la idea del grande hacedor del universo, sino de un Dios imperfecto, el cual no puede ser Dios. ¿Podrá el deista juzgar bien de Dios comparándolo con un príncipe terreno que dejando la administracion de las cosas al cuidado de ellas mismas edificara soledades agradables para retirarse á meditar en su grandeza? No puede darse idea mas miserable de Dios: si consideráran á este Ser supremo cercado del resplandor de su gloria siempre tranquilo, mas dirigiendo las cosas con solo su voluntad, entonces si tendrían la verdadera idea de aquel Señor que da espíritu de vida á los seres que ecsisten, que les socorre en sus necesidades, que con nuevas producciones renueva el haz de la tierra, que con sola una mirada la hace estremecer, y con solo tocar los montes los abrasa.

No hay en Dios, dice S. Agustín, ni

algun descanso perezoso, ni alguna laboriosa industria, porque sabe obrar descansando y descansar obrando. Esto que llamamos primero y postrero en las obras no se refiere al agente; sino á lo hecho, porque aquella voluntad es eterna é inmutable, ni varia alternando los consejos, ni se mudan estos en Dios como en los hombres sabios.

Mas los filósofos modernos no omitiendo medios para combatir el dogma de la providencia han resucitado el ridículo fatalismo de los estoicos. En los libros titulados sistema de la naturaleza, diccionario filosófico y cuestiones sobre la enciclopedia se propone este despreciable sofisma: „Ó el mundo subsiste por su propia naturaleza y sus leyes físicas, ó un sér le ha formado segun sus leyes supremas; en ambos casos todo es necesario.“ „Los cuerpos graves, continúa el fatalista, descenden al centro de la tierra sin poder quedar suspensos en el aire, y el peral no puede jamas dar piñas, porque todo está con orden y límites; así tambien el hombre no puede tener sino cierto número de dientes, cabellos é ideas, y viene un tiempo en que necesariamente pierde sus dientes, sus cabellos é ideas.“

El abuso de esta palabra *necesario*, hace todo el fondo del sofisma, la esplicaremos para desvanecerlo. El mundo es contingente y no ecsiste por necesidad de su naturaleza: sus leyes físicas son un efecto de la libre voluntad del Criador y este no se sujetó á ningun-

Las leyes supremas sacando á los seres de la nada. Estas leyes físicas son necesarias é inmutables de parte de la criatura, que no puede separarse un ápice de ellas por sí misma; pero no son inmutables de parte de Dios, que puede mudar, ó interrumpir el orden que ha establecido. Demas; hay cosas necesarias cuyo uso y aplicacion no está puesta en nuestra potestad, y otras en que este uso está á nuestro arbitrio. Asi, que el grave descienda al centro de la tierra, que nosotros tengamos algunas ideas, y otras cosas de este modo son necesarias, y no está ni en la potestad del grave no descender, ni en la nuestra no tener idea ninguna; pero no sucede esto en las cosas necesarias del segundo género; es necesario que un hombre se quemase si se arroja al fuego, y que muera si en una riña le traspasan el corazon con un puñal: pero no es necesaria la muerte de este hombre con el fuego, ó con el hierro, porque el arrojarse á la muerte en ambos casos pende de su voluntad y pudo no hacerlo.

Nosotros convenimos en que todo está arreglado en el universo, mas este arreglo consiste en que Dios dirige á todos los seres del modo que conviene á su naturaleza, á los seres inanimados por leyes físicas, y á los agentes libres por leyes morales y motivos; cuando estos agentes inteligentes y libres infringen las leyes morales, no por esto hemos de juzgar que se han trastornado los designios de

la providencia, pues Dios ha previsto desde la eternidad estas infracciones, pudo impedir las; pero quizo permitir las dejando al agente en toda su libertad; mas cuando Dios previó y decretó permitir que el hombre faltara á la ley, dispuso el restablecimiento del orden, ó por los castigos que aplicaria al delincuente obstinado en tiempo oportuno; ó por el perdón que se concederia al que se arrepintiera de sus crímenes.

Pero asi como es contradictorio, prosigue el fatalista, que lo que fué ayer no haya sido, tambien hoy lo es lo que deba suceder mañana, no deba suceder, pues en el mismo deber se contiene la necesidad; por esto, cuando un hombre padece una enfermedad, es un *imbecil* llamando á un médico que la cure, pues si él debe sanar ó morir no necesita de médico.

Estas pueriles equivocaciones no merecen una seria respuesta. No es lo mismo considerar las cosas como pasadas, que como futuras; en el primer caso, las acciones de los hombres aunque fueron libres en el tiempo que se hicieron; mas hechas ya no está en la potestad del agente el que no hayan existido: pero las futuras si, y este puede determinarse á obrar, ó abstenerse de la operacion. Si se dice, que un hombre debe pasarse mañana para distraerse de los negocios que le abruma, se supone, que se verificará el paseo suelta su libre determinacion; pero despues

del paseo, ya se determinó la voluntad y ya no puede deshacer lo hecho. En cuanto al enfermo que llama al médico que lo cure, es una acción racional y prudente, pues su sanidad depende de ciertos remedios y régimen que observándolo, la providencia ha dispuesto que se consiga; y aunque Dios tiene decretado el término de la vida de los hombres; pero como este les es desconocido, no pueden saber cual será su última enfermedad, y así el buscar los remedios es una acción de prudencia, así como la de tomar medidas de precaución contra los accidentes. Ciceron en su libro de *Fato*, ha refutado estos ridículos argumentos; ya han pasado cerca de dos mil años y ni se les ha dado mas fuerza, ni respondido al orador romano.

¿Pero la providencia no degradaría á la divinidad? „El Sér eterno (dice un impío) no se conduce jamas por leyes particulares, como los viles humanos; sino por leyes generales y eternas como él. ¿Qué, el Señor absoluto de todo estará mas ocupado en dirigir á un solo hombre, que en conducir á toda la naturaleza? ¿Por qué extravagancia hará alguna mutacion en el corazon de un vizcaino, o de un carlandes, cuando no muda las leyes que ha impuesto á todos los astros? ¿Qué piedad, suponer que hace y deshace y vuelve hacer continuamente los sentimientos en nosotros! ¿qué atrevimiento creernos eceptuados de todos los seres!”

¿Y será piedad raciocinar de este modo? ¿quien ha impuesto leyes generales al Omnipotente, de las que no puede salir? ¿quien le ha trazado el camino que debe seguir en sus operaciones? acaso estas se han de medir por los errados raciocinios de un filósofo altanero? No es un absurdo admitir que Dios es el criador de las diferentes especies que ecsisten ¿y lo será atribuirle la facultad de dirigirlas á todas por leyes acomodadas á sus naturalezas diversas? Un vizcaino, y un carlandes no son máquinas como todos los astros, y por esto no deben aquellos ser regidos por las mismas leyes que estos; en la direccion de un solo hombre no se halla tan ocupado el Ser supremo, que se embarace para poder cuidar de todo el universo, pues ya hemos hecho ver, que provee y cuida de todo sin embarazarse ni cansarse. Pero no es de estrañar un raciocinio tan estra vagante en un autor que se contradice con tanto descaro: el dice en el prefacio de su diccionario filosofico, que „el dogma de la providencia es tan sagrado y necesario á la felicidad del género humano, que ningun hombre honrado puede atacarla” mas este mismo autor abandonando la honradez ocupa artículos enteros en combatirla.

Bolingbrok, enemigo tambien de la providencia, la admite respecto de las naciones y de las sociedades; pero no de los individuos; segun su opinion, á Dios pertenece premiar, ó castigar á las naciones; y á los magistrados el

castigar á los particulares. »El curso de las cosas, dice, siempre ha sido tal que la virtud nacional ha producido la felicidad de un pueblo, y los vicios nacionales su desgracia; ved ahí la gran sancion de la ley natural.»

En este sistema, la necesidad de la vida futura en que se castigue el criminal y se premie el virtuoso, no es necesaria, pues perteneciendo á solo los magistrados el castigar, y entrando su autoridad á sancionar la ley natural, ya se quita aquella potestad que siendo eterna é inmutable le da á esta ley natural una sancion invariable y escige el cumplimiento de ella, reservandose el derecho de castigar las infracciones; mas por ahora prescindiendo de las pruebas que demuestran la verdad y necesidad de otra vida, preguntamos á este filósofo; antes de la formacion de los imperios ¿cuidaba Dios de las familias? ¿se digna velar sobre las pequeñas repúblicas ó solo sobre las grandes naciones? Antes que los vicios hayan hechoso generales en un gran pueblo puede haber en el viente ó treinta mil culpables, que pueden eludir el castigo que los magistrados les deben aplicar, y tambien hay crimenes á los que las leyes no les han asignado un castigo. En los desastres públicos, los grandes abusando de su poder y riquezas son por lo comun los que comienzan á trastornar el orden público, á seducir á otros, y engrozando los partidos que favorecen sus intereses arrastran á naciones enteras á su destruccion. En este caso, ó la

autoridad del magistrado no puede obrar y deja los delitos impunes; ó el castigo gravita mas sobre los infelices, que en los poderosos.

La historia de todos los siglos nos presenta testimonios incontestables de esta verdad, y muchas veces las naciones mas poderosas han sido sacrificadas á el interes, la ambicion, ó la venganza de los particulares. Si en estos casos no hay un ser providente, justo y poderoso, que castigue á los criminales, ¿será bastante la autoridad de los magistrados para que el curso de las cosas camine con orden, y la ley natural siempre subsista en todo su vigor? ¿bastará la providencia general que cuide de las naciones, desentendiendose de los individuos? la razon y la esperiencia nos demuestran ser insuficiente: es pues absolutamente necesaria una providencia que no solo vea á las cosas grandes; sino que descienda á las pequeñas, y vele tanto sobre las naciones, como sobre los individuos que las forman: ésta providencia particular no degrada á la divinidad como pretende este incrédulo, asi como no le ha degradado la creacion del mas vil insecto; ni el mundo seria gobernado por continuados milagros como juzga el mismo, porque no podemos llamar milagro al curso ordinario de la providencia.

Para que Dios dispusiera todas las cosas y las dirigiera á un fin particular, era necesario que previera con toda certidumbre los futuros, y ni los prevé, ni puede, dicen los